

de este ámbito, se nos brinda una buena crítica al reduccionismo metodológico del neoliberalismo (Joseph Stiglitz), una exposición de los principios rectores del neoestructuralismo latinoamericano (José Antonio Ocampo), una reflexión sobre el círculo vicioso entre acumulación desenfrenada, violencia y poder en el África subsahariana (Achille Mbembe), y una deconstrucción del discurso neoliberal sobre las virtudes del libre mercado a tenor, entre otros, de la experiencia de los “tigres del Pacífico” (Ha-Joon Chang).

Hay que decir, para terminar, que si bien en la selección que nos propone Fernando López “no están todos los que son” (tarea por otra parte imposible en un tema como éste), sí “son todos los que están”, razón por la cual nos hallamos ante un libro ineludible –y tremendamente útil– para todos aquellos interesados por el mundo del desarrollo. Libro que, a la postre, cuenta con dos virtudes que constituyen por desgracia una rareza en su género: su carácter marcadamente pluridisciplinar, y ahí queda la presencia de textos emblemáticos procedentes de allende la Economía del Desarrollo, y su vocación polifónica, esta última determinada por la inclusión de voces de todos los lados de las fronteras delimitadas por la geopolítica ficticia (y a la vez real) del desarrollo.

*Víctor Bretón Solo de Zaldívar
Universidad de Lleida*



Martin Minchom,

El pueblo de Quito. 1690-1810. Demografía, dinámica sociorracial y protesta popular
FONSAL, Quito, 2007, 303 págs.

¿Quiénes son los insurgentes y sediciosos que participan en las diferentes revueltas de la Colonia tardía? El historiador británico Martín Minchom extiende un plano de Quito de larga duración y, sobre este, hace que los proyectores abandonen a “los actores que poseen nombre propios y blasones sociales para dirigirse al coro de personas concentradas a los lados, para al fin centrarse en la multitud del público”. Esta cita de Michel de Certeau (1999:11)¹ bien se puede emplear para dilucidar la línea conductora de la obra en cuestión.

No basta con orientar los proyectores fuera de los reflejos del bronce: metodológicamente, el autor debe estudiar dónde situarlos y conocer el calibre de cada uno de ellos. Así, cada fuente se observa en su legitimidad, en su capacidad de dar luz sobre un grupo de personas o de acontecimientos, pero también en la sombra inevitable de su parcialidad. A lo largo de su obra –y con un evidente esfuerzo de revisión, cuestionamiento y búsqueda alternativa–, Minchom maneja un amplio horizonte documental con

¹ En su obra *L'invention du quotidien. 1. Arts de faire*, Gallimard, París, 1990 [1980], p. 11.

fuentes de archivo en siete países; fuentes impresas producidas dentro de las diferentes ramas de las Ciencias Sociales. Ellas le dejan entrever el contexto y a los actores sociales. Con una multiplicidad de índices de búsqueda, el autor examina aspectos angulares de la demografía y la composición sociorracial de los barrios de Quito. Barrios que no concentraron a una elite criolla, sino más bien a habitantes movedizos, con dinámicas específicas de interacción social y con maneras propias de llevar a cabo protestas populares para preservar lo obtenido.

¿Dónde encontrar un puerto primario seguro? Para este historiador, antes que encontrar, se trata de construir. Así logra elaborar indicadores poblacionales a partir de padrones, censos, indagaciones sobre los expósitos, bautizos, defunciones y comuniones, sin olvidar relacionar lo mostrado con los eventos acaecidos en aquella sociedad: el decaimiento textil y la transición de la economía hacia la agricultura, los terremotos, las epidemias. Uno y otro tipo de documentación se coteja, y los datos presentados se relacionan por una lógica y una posibilidad de coexistencia real. Conforme Minchom se adentra en el cambio demográfico, el plano de Quito deja de fluctuar arbitrariamente entre la fantasía y el vacío artificial de referencias: lo lacunario da paso a la ocupación del espacio por sectores populares, entre las epidemias de 1690 y la insurgencia quiteña de 1810.

Ahora bien, ¿cuáles eran los espacios habitados por estos sectores? El autor pone particular atención en dos bloques situados al Sur y al Norte de la ciudad, identificando a San Roque/San Sebastián y a Santa Bárbara/San Blas, respectivamente. Esta división, lejos de ser un artificio metodológico, responde a una caracterización del terreno de la ciudad, donde elementos geográficos naturales –como las quebradas– dividían la ciudad. Caracterización que actualiza el ordenamiento espacial prehispánico que fuera adoptado por la administración hispánica (*Hanan* y *Hurin*). La parroquia de El Sagrario se situaba en el centro de estos

dos bloques, y se perfilaba como el lugar de residencia de la elite criolla, así como el eje de las funciones eclesiásticas y administrativas.

En todos estos espacios hubo una ocupación popular. Un testimonio de su existencia y de su accionar en la ciudad se encuentra en el estudio de las cofradías: plateros, barberos y tejedores. Los pleitos entre cofrades pertenecen a un tipo de cuerpo documental re-leído, amplio y polisémico en el que el autor busca que lo judicial, lo demográfico y lo municipal sirvan para identificar a esos actores. Se trata de “minicapitalistas” (vendedoras en los mercados), de trabajadores de obrajes urbanos (chorrillos, a veces clandestinos), de responsables de pequeñas tiendas urbanas (chagros). De esta forma, aparecen múltiples pobladores populares que no se subsumen a un enfoque de “sociedad de castas” o a una aproximación única, como integrantes de una “clase” o pertenecientes a una “raza”. Minchom sacude este bagaje conceptual; no lo abandona por su evidente utilidad y pertinencia analítica, pero lo convoca a pisar un suelo estructural, habitado por individuos que se deslizan en el entorno de una economía dual. Es decir, de una economía informal que se liga a la dominante a través de bienes y servicios, y que abre la puerta para un “análisis de los sistemas de distribución de mercado dentro de la ciudad de Quito” (Minchom 2007: 108).

Uno de los puntos angulares de esta obra se encuentra en la oscilación táctica entre el incumplimiento y el cumplimiento práctico de normas socio-económicas y administrativas, por parte de sujetos sin capacidad estratégica patente: habitantes informales –hombres y mujeres– de la ciudad. Nuevamente se advertirá la filiación a las nociones planteadas por de Certeau: su red de conceptos operacionales bien podría encontrar un asidero en el análisis de Minchom. Lo que no es sorprendente dado que el centro de su interés está en sujetos con capacidad de agencia, productores y reformuladores de mensajes y coyunturas, a las que responden mediante tácticas cotidianas, lejanas a

las estrategias de poder desplegadas por sectores dominantes. Tampoco es sorprendente, dado el contexto historiográfico de la década de 1990, cuando la obra de Minchom se publica en inglés por primera vez (1994). Efectivamente, se trata de un marco temporal en el que las Ciencias Sociales ya habían recorrido un importante trecho hacia la inclusión de actores anónimos en sus estudios, hacia la relectura de una Historia oficial, y hacia la reformulación de un análisis estructural rígido.

Los sectores populares cumplían e incumplían para conservar lo adquirido mediante tácticas creadas y transformadas acorde con los diferentes contextos en los que se desenvolvían. Minchom muestra que frente a la escasez, a las penurias económicas, a las epidemias estos actores sociales buscaban alianzas rurales, mutaban sus pulperías en chagros o dejaban a los neonatos en casas de mayor holgura. Pero, ¿qué pasaba cuando todas las tácticas sociorraciales y económicas dejaban de funcionar ante la macro estrategia de la administración española?, ¿cuando la administración de los Borbones buscaba tener mayor control sobre sus colonias y la tributación? Se producía una ruptura con el modo de pertenecer a una sociedad en la que ser indígena, por ejemplo, acarrearaba una obligación monetaria o en especie, una pertenencia a lo marginal, a la servidumbre y lo manual, a la pérdida de lo obtenido con la inserción urbana.

Minchom analiza este punto adentrándose en las “Declaraciones de Mestizo”. En estos documentos, el autor nos deja ver la extrema movilidad en cuanto a la clasificación sociorracial y la versatilidad de argumentos usados para desligarse de la población tributaria: se emplean ascendencias, muestras de apellido, vestimenta habitual, casa en la que se creció, oficio que desempeñó, entre otros atributos. Todas características que acercaban a un determinado individuo –incluso a alguien tan emblemático como Eugenio Espejo– si no a la “limpieza de sangre”, al menos a una identificación con lo

no indígena. En efecto, tras su estudio, el autor esgrime que la dicotomía sociorracial manifiesta no estaba entre lo blanco y lo mestizo –categoría por demás fluctuante– sino más bien, entre lo no indígena y lo indígena. De igual manera, este análisis aporta con uno de los contextos que ayudan al autor a explicar las revueltas del siglo XVIII, en las que el barrio de San Roque sería partícipe protagónico.

La imposición tributaria, la larga recesión económica, los aparentes y breves momentos de recuperación crean condiciones particulares, es cuando la plebe elabora pasquines, convoca mediante campanazos o cohetes, llama a la unión de los mestizos, va hacia el centro administrativo de la ciudad –“*locus* de autoridad”–, irrumpe en la cárcel y libera prisioneros. Se trata, en especial, de la plebe de San Roque, barrio con una composición de grupos artesanos-populares, con una “cohesión de comunidad”, y que entre 1747-1748 y 1762-1765 quiebra el orden de la ciudad y deja un rastro en la memoria de la misma.

Minchom analiza su participación, sus motivos diversos, las posibles “manos ocultas” detrás de la revuelta –sospecha de los franciscanos–, y nos deja ver la acción de un grupo popular cohesionado que no actuó bajo la tutela de la elite criolla, y que más bien, respondió a los levantamientos de una clase y de una comunidad. Tampoco en los acontecimientos de 1809 y 1810 hubo tal patronazgo: si bien los criollos promovieron ciertos actos durante estas revueltas del siglo XIX, los sectores populares se manifestaron para reclamar puntos propios. Se respaldaron brevemente causas comunes que dieron paso a momentos clave en la revuelta, y cuya posible continuidad se diluyó en la composición y objetivos de las Juntas. Estas no solventaron el impase sociorracial y actuaron con representantes de los barrios que no habitaban en ellos.

Sofía Luzuriaga

Magíster de la Universidad Andina Simón Bolívar